

YATSUHAKA-MURA

EL PUEBLO DE LAS OCHO TUMBAS

SEISHI YOKOMIZO

Traducción del japonés:

Kazumi Hasegawa



QUATERNI

ÍNDICE

Personajes	9
El origen.....	11
El anuncio radiofónico.....	23
La amenaza	32
El primer asesinato.....	37
Una bella enviada.....	42
Una persona sospechosa	47
La partida	52
La hermana Koicha.....	57
Las ancianas gemelas.....	64
El biombo de los catadores de vinagre	70
El segundo asesinato	78
Kosuke Kindaichi.....	85
Complejo de inferioridad	91
El santuario de Yatsuhaka	96
Un asesinato sin sentido.....	101
Ensalada de pepino con vinagreta.....	107
El viaje del bonzo Eisen.....	112
Té envenenado	118
Un extraño paseo nocturno	122

La cuarta víctima.....	127
Muerte por sorteo.....	134
La monja ladrona.....	139
Incursión en el pasadizo secreto.....	146
Noriko, enamorada.....	152
El semblante de Shintaro.....	157
La huida de Tsunemi Kuno.....	162
La armadura de samurái.....	169
El interior de la armadura.....	173
Las tres monedas de oro.....	180
Té envenenado por segunda vez.....	187
El monstruo de la gruta.....	194
La desaparición del oro.....	200
La agitación emocional de Haruyo.....	206
La poza de los fuegos fatuos.....	212
Una crisis inminente.....	220
Las cartas de amor de mi madre.....	226
En el cubil del zorro.....	232
La fotografía.....	241
Una lluvia de piedras.....	248
Huyendo en la oscuridad.....	252
Un alarido en la oscuridad.....	259
La persecución en el cruce del trueno.....	265
La herida del dedo meñique.....	270
Shintaro y Miyako.....	275
Un arrebató de pasión en la oscuridad.....	279
Entre la espada y la pared.....	285
Una lluvia de oro.....	289
Después de todo lo sucedido. Primera parte.....	295
Después de todo lo sucedido. Segunda parte.....	303
Después de todo lo sucedido. Tercera parte.....	310
Epílogo.....	321

EL ORIGEN

Yatsuhaka-mura, que de ahora en adelante llamaremos Yatsuhaka, es una pequeña localidad al norte de la prefectura de Okayama, junto a la prefectura de Tottori, al oeste de Honshu.

Como es un pueblo de montaña, no tiene muchos campos de cultivo; su clima no ayuda a aprovechar el poco terreno que hay y apenas produce arroz suficiente para abastecer a los lugareños.

A pesar de esto, sus habitantes viven relativamente bien gracias a sus otras fuentes de ingresos: el carbón y la ganadería. La primera había sido siempre la industria principal de la zona y su mercado llegaba hasta Osaka y Kioto, ya que la localidad está rodeada de abundantes bosques de robles y la madera de calidad nunca escasea.

La otra actividad económica del pueblo, la ganadería, es relativamente reciente, aunque actualmente es la más importante. Las vacas de esta región están bien valoradas tanto como animales de trabajo como por la calidad de su carne. Ganaderos y comerciantes de todo Japón acuden a las ferias de ganado de los pueblos vecinos.

Cualquier familia de la localidad tiene al menos cinco vacas, de las que no siempre se ocupan sus propietarios. La gente adinerada contrata los servicios de cría de los becerros a cambio de una parte de las ganancias tras la venta del animal adulto. Por supuesto, en la zona existen clases diferentes con relación a la distinta capacidad económica. Son dos las familias ricas: los Tajimi y los Nomura. La casa de la primera familia se llama «Mansión de Oriente», ya que está ubicada al este; la casa de la segunda familia se llama «Mansión de Poniente» por la misma razón; es decir, al oeste.

A propósito, ¿qué nombre tan funesto tiene este pueblo!

Yatsuhaka significa «el pueblo de las ocho tumbas». Puede que para los que han nacido y morirán allí el nombre no suene extraño, pero para el resto resulta misterioso y lleva a imaginar que existe en la localidad un pasado oscuro y truculento.

Y es correcto. El origen de este nombre proviene de un incidente que ocurrió hace más de trescientos ochenta años.

Cuando Yoshihisa Amago, el señor feudal de la región de Izumo, la actual prefectura de Tottori, aceptó su derrota ante Motonari Mōri y entregó el castillo Tsukiyama en 1566, un joven noble que no estaba de acuerdo con esta rendición se dio a la fuga con sus siete vasallos.

Según la leyenda, los fugitivos se llevaron tres mil monedas de oro y tres caballos y, tras cruzar numerosas montañas y ríos, llegaron a la villa de Yatsuhaka.

Al principio, la gente del pueblo trató a los fugitivos con cordialidad. La sencillez y la amabilidad de los lugareños hicieron que los huidos se confiaran y decidieran asentarse allí fingiendo ser carboneros.

En realidad, aquel lugar entre montañas era un buen sitio para esconderse, ya que la zona estaba conformada de piedra

caliza y existían muchas grutas repartidas por todo el cañón, algunas de ellas tan profundas que ni siquiera los aldeanos las habían explorado por completo. Es seguro pensar que los ocho samuráis fugitivos decidieron quedarse allí debido a sus características geográficas.

Los huidos pasaron los seis meses siguientes conviviendo en armonía con los lugareños mientras los Mōri, vencedores de la contienda, seguían buscándolos. El líder de los samuráis fugitivos había sido consejero de Amago y en un futuro podía intentar cobrarse venganza; no podían dejarlo vivir.

Cuando las noticias de la búsqueda llegaron al pueblo, los lugareños empezaron a preocuparse por su propia seguridad si los encubrían. Además, la recompensa que ofrecían los Mōri era atractiva, aunque lo más goloso eran las tres mil monedas de oro que tenían los fugitivos. «Si matáramos a esos ocho, podríamos quedarnos con el oro —pensaron—. Aunque los Mōri lo busquen, siempre podemos decir que no sabemos nada al respecto».

Después de varias reuniones, decidieron atacar por sorpresa a los fugitivos. Mientras estos trabajaban en el bosque, los rodearon y prendieron fuego en tres direcciones para cortarles la huida antes de que los jóvenes más fuertes del pueblo los atacaran con machetes y lanzas de bambú. En aquella época convulsa, incluso los campesinos sabían luchar.

Para los confiados samuráis, aquel fue un ataque inesperado; ni siquiera iban armados. Les hicieron frente con sierras y hachas, pero toda resistencia fue inútil frente al numeroso grupo de hombres armados y bien organizados. Cayó uno, luego otro, después otro más... Hasta que los ocho estuvieron muertos. Fue un final triste.

Los lugareños decapitaron a los ocho samuráis, incineraron sus cuerpos y regresaron al pueblo con gritos de triunfo

y las ocho cabezas como prueba de la muerte de los fugitivos. Dice la leyenda que las ocho cabezas degolladas tenían una expresión horrible que hacía que todos se estremecieran, sobre todo la del joven líder, que al parecer se había resistido hasta el último momento y había gritado, empapado en la sangre que manaba de sus muchas heridas, que su maldición perseguiría eternamente al pueblo. Me imagino que no sería una exageración.

Al final, los aldeanos recibieron la recompensa a cambio de las ocho cabezas pero nunca consiguieron encontrar el tesoro escondido, las tres mil monedas de oro que habían sido la razón principal de su traición. Las buscaron por todas partes, hasta en el último rincón, pero fue en vano. Además, durante la búsqueda ocurrieron varios incidentes extraños.

Uno de los aldeanos se adentró en una gruta para buscar el oro y murió en un derrumbe. Otro se quedó cojo tras un accidente mientras escarbaba entre las rocas del cañón. A otro se le cayó un árbol encima mientras se rascaba bajo su copa y murió aplastado.

Al final de esta serie de accidentes desafortunados ocurrió un incidente terrorífico que sumergió la villa en un abismo de miedo.

Sucedió seis meses después de la masacre de los ocho samuráis fugitivos. Aquel año habían caído rayos muy frecuentemente en la región y la gente de Yatsuhaka empezaba a temer que aquellos desastres naturales estuvieran provocados por la maldición de los samuráis. Entonces cayó un rayo sobre un pino de la Mansión de Oriente y partió el tronco en dos.

En aquella época, el cabeza de familia era Shozaemon Tajimi, el instigador del ataque a los fugitivos. Después de lo ocurrido se había vuelto medio loco y hasta su propia

familia le tenía miedo; tras la caída del rayo, terminó de enloquecer. Se hizo con una catana y atacó a sus familiares, así como a todo aquel con quien se topó en su camino, y después se suicidó en el bosque cortándose la yugular.

Aunque no se sabe si es verdad, dicen que el acto de locura de Shozaemon dejó siete muertos (ocho contándolo a él) y decenas de heridos. La gente estaba aterrada; aquella debía ser la venganza de los ocho samuráis asesinados.

Por lo tanto, exhumaron los cadáveres de los samuráis, que habían enterrado sin ningún ritual, con el fin de ofrecerles un entierro formal y conseguir así que sus almas descansaran en paz. El lugar donde colocaron sus lápidas se convirtió en una especie de lugar sagrado: el llamado santuario de Yatsuhaka, que está ubicado en un cerro de la localidad.

¿La historia se repite? En este siglo volvió a ocurrir un suceso terrible que aterrorizó a toda la población de este pequeño pueblo alejado de la civilización y que precisamente fue el origen del misterioso caso que voy a relatar a continuación.

Dicho incidente ocurrió en el décimo año de la monarquía Taisho, es decir, hace unos veinte años.

El patriarca de la familia Tajimi y propietario de la Mansión de Oriente se llamaba Yozo y en aquel entonces tenía treinta y seis años. Además de Shozaemon, del que hemos hablado antes, algunos miembros de este clan han sufrido trastornos mentales hereditarios. Yozo era uno de ellos y tenía un carácter muy violento. Con veinte años se casó con una mujer llamada Okisa con la que tuvo dos hijos: Hisaya y Haruyo.

Los padres de Yozo murieron cuando él era niño, de modo que lo criaron sus dos tías. En el momento del accidente, en la Mansión de Oriente vivían Yozo, su esposa

Okisa, su hijo Hisaya, que tenía quince años, su hija Haruyo de ocho años y las dos tías de Yozo.

Las tías eran gemelas y ninguna de ellas se había casado; ambas habían dirigido la casa desde la muerte de los padres de Yozo. Este tenía un hermano menor que fue adoptado por su familia materna para que fuera su heredero, cambiando su apellido a Satomura.

Unos años antes del incidente en cuestión, Yozo (ya casado y con hijos) se enamoró de una joven que trabajaba en la oficina de correos del pueblo. Se llamaba Tsuruko, tenía diecinueve años y era hija de un ganadero de la misma localidad.

Como he mencionado antes, Yozo era un hombre violento cuya pasión también era vehemente. Un día, esperó a Tsuruko en el camino que tomaba para ir del trabajo a su casa y, cuando pasó por allí, la secuestró y la violó. La mantuvo encerrada en su mansión durante varios días para satisfacer sus deseos sexuales.

Obviamente, Tsuruko pidió auxilio. En cuanto las tías y la esposa de Yozo descubrieron aquella barbaridad, intentaron convencer a Yozo para que soltara a la muchacha, pero él no les hizo caso. Los padres de Tsuruko acudieron a la mansión y le rogaron que liberara a su hija, pero tampoco los escuchó. Yozo estaba fuera de sí.

Como temían su agresividad, aquellos a su alrededor cambiaron de estrategia e intentaron persuadir a Tsuruko para que aceptara ser su amante. La joven se negó, pero su resistencia era inútil, pues Yozo era el único que tenía la llave del almacén donde la tenía encerrada y acudía allí cada vez que quería satisfacer sus deseos sexuales.

La resignada Tsuruko analizó la situación con frialdad. «Parece que no hay otra opción: tendré que aceptar ser la amante de este tirano. Si lo hago, quizá me libere. Y

entonces podría escapar». Tomó la decisión y comunicó a Yozo que aceptaba la propuesta.

El hombre no cabía en sí de gozo. Liberó a Tsuruko de inmediato y le asignó una casa independiente para vivir. También le regaló ropa, joyas, accesorios, muebles y muchas cosas más. Yozo no se separaba nunca de ella.

Pero Tsuruko le tenía mucho miedo. Dicen que la libido de Yozo era tal que ninguna mujer normal podía responderle. Tsuruko no lo soportaba e intentó escapar varias veces de la mansión. Cada vez que ella se daba a la fuga, Yozo enloquecía y agredía a todo el mundo, de modo que la gente del pueblo, aterrada por su violencia, buscaba a Tsuruko y le rogaba que regresara con él.

La joven se quedó embarazada y tuvo un niño. El nacimiento alegró a Yozo, que le puso por nombre Tatsuya. Todo el mundo creía que Tsuruko se resignaría a su destino, pero ella seguía intentando fugarse, ahora con el bebé.

Aunque aquel hijo la obligaba a someterse a Yozo, la situación era insoportable para Tsuruko. Tras sus muchos intentos de fuga, sus padres y la gente del pueblo empezaron a darse cuenta del verdadero motivo de su obstinación.

Tsuruko tenía novio desde hacía mucho tiempo. Se llamaba Yōichi Kamei y, como era maestro en el colegio del pueblo, habían estado viéndose a escondidas. Nadie conocía su relación. Kamei no había nacido en la localidad, pero le gustaba la geografía de la zona y salir a explorar las grutas. Puede que se vieran en alguna cueva secreta que los lugareños no conocían.

Al revelarse esta relación, surgieron dudas sobre la paternidad del bebé. «¿Y si su padre no es Yozo sino el maestro, Kamei?».

En un pueblo tan pequeño era difícil ocultar un rumor y, al enterarse, Yozo se puso furioso. Airado, agarró a la pobre

Tsuruko del cabello, la abofeteó, la pateó y, después de la paliza, la desnudó y le echó agua fría. A Tatsuya, a quien quería tanto, le quemó la espalda y las piernas con el atizador que usaba para remover el carbón del brasero.

Temiendo que terminara matándolos, Tsuruko huyó de la mansión con el bebé. Pasó los primeros días escondida en casa de sus padres, pero cuando llegó a sus oídos la furia de Yozo, se asustó y se llevó a su hijo a casa de un pariente que vivía en Himeji.

Yozo esperó su regreso consolándose en el alcohol. No era la primera vez que ella se marchaba y normalmente el alcalde o sus padres la llevaban de vuelta a la mansión algunos días después pidiendo perdón. Sin embargo, esa vez fue diferente. Pasaron los días pero ella no regresó. Yozo empezaba a impacientarse. Ni su esposa ni sus tías se acercaban a él, por miedo. Esa vez, la gente del pueblo tampoco quiso intervenir.

La paciencia de Yozo llegó pronto a su fin y entonces perdió la razón.

Fue una noche de finales de abril. La primavera todavía no había llegado a la sierra y hacía un poco de frío. Disparos y gritos despertaron a los habitantes de Yatsuhaka. Cuando salieron a la calle, se encontraron con la terrorífica imagen de un hombre que se había convertido en un verdadero ogro.

El individuo llevaba un traje de estilo occidental con un cuello mao como el de los uniformes militares, polainas y sandalias. Se había sujetado dos linternas a la cabeza con una cinta blanca y parecían los cuernos de un toro. De su pecho colgaba una lámpara National, como los espejos que llevan las sacerdotisas para repeler las maldiciones. Sobre la ropa llevaba el *obi* de un kimono y en él llevaba sujeta una catana, y en la mano cargaba una escopeta de caza. La

gente caía a su alrededor, abatida a disparos, antes de poder reaccionar.

Era Yozo el autor de aquella locura. Tras matar a su esposa con la catana, salió a la calle. Sus tías e hijos resultaron ilesos, pero a todos los lugareños que encontraba los abatía con la catana o la escopeta.

Según la investigación que se llevó a cabo posteriormente, Yozo llamó a la puerta de una casa y, cuando salió su propietario, lo mató a tiros. Forzó la ventana de una pareja de recién casados, metió el cañón de la escopeta por la rendija abierta y mató al marido, que se encontraba dormido. El cadáver de la esposa se halló junto a la ventana con las palmas unidas; seguramente se despertó al oír el disparo y estaba rogando por su vida. El policía que examinó la escena quedó muy afectado: aquella joven, recién casada y originaria de un pueblo cercano, apenas llevaba medio mes en la localidad y no tenía ningún vínculo con Yozo.

El tirano perpetuó la barbarie durante toda la noche y al amanecer huyó a la sierra.

Cuando la policía y los periodistas llegaron a Yatsuhaka aquella mañana, los recibió el olor de la sangre. Había cadáveres por todas partes. Del interior de las casas llegaban llantos y lamentos. Los supervivientes, agonizantes, pedían auxilio en voces apenas audibles.

El saldo de aquel incidente fue treinta y dos muertos e incontables heridos. El suceso se conoció a nivel mundial.

La policía, los bomberos y un grupo de voluntarios de jóvenes del pueblo buscaron a Yozo por la sierra y las grutas. Aunque el operativo se mantuvo varios meses, no lo encontraron. Había pruebas de que Yozo seguía con vida: descubrieron una vaca que había sido abatida a balazos para conseguir su carne (aunque las vacas pasaban el invierno en

establos, en primavera las dejaban pastar por la sierra), así como restos de una fogata para la que se había utilizado pólvora de munición.

Esto indicaba que Yozo no había huido al monte para suicidarse sino para evitar a la policía, y esa suposición aterrorizó a la gente del pueblo.

No ha vuelto a saberse nada más de él. Han pasado más de veinte años y resulta difícil creer que siga viviendo en la sierra. Sin embargo, no son pocos quienes insisten en que sigue vivo recurriendo a una teoría inverosímil: que se produjeran treinta y dos muertes, es decir, un múltiplo de ocho, podría indicar que los samuráis enterrados en el santuario exigieron cuatro sacrificios para cada uno; por tanto, si Yozo también hubiera muerto, sobraría uno. Los que creen en esa teoría siempre agregan: «No hay dos sin tres. Si dos miembros de la familia Tajimi, Shozaemon y Yozo, han llevado a cabo una masacre, seguramente ocurrirá una vez más».

En Yatsuhaka, cuando los niños se portan mal, los adultos los asustan diciéndoles que un ogro con cuernos de luz irá a por ellos. Entonces los niños lo imaginan tal como sus padres se lo han descrito (con dos linternas sujetas a la cabeza con una cinta blanca, una lámpara National colgada del pecho, una catana a la cintura y una escopeta en la mano) y dejan de llorar inmediatamente. La pavorosa imagen de Yozo sigue grabada en la conciencia del pueblo como una pesadilla.

A propósito, ¿qué ocurrió con la gente cercana a Tsuruko, la causante del acto demoníaco de Yozo? Curiosamente, la mayoría de víctimas de su locura fueron desconocidos que nada tenían que ver con la huida de la joven. Los involucrados se salvaron casi todos.

Yōichi Kamei, el maestro a quien Yozo debió odiar más que a nadie, aquella noche estaba en el templo de una

localidad vecina jugando al *go*¹. Por respeto a la sensibilidad de los lugareños, no regresó al colegio y pidió un cambio de destino.

Los padres de Tsuruko se escondieron en su almacén de arroz y también se salvaron.

Tsuruko y su hijo estaban en casa de sus familiares de Himeji, como he mencionado antes, así que tampoco les pasó nada.

Después del incidente, la policía le pidió que regresara al pueblo, pero poco tiempo más tarde volvió a marcharse porque temía el regreso de Yozo y porque los lugareños la odiaban, sobre todo los familiares de las víctimas, que la culpaban de la masacre. Su hijo acababa de cumplir dos años.

Han pasado veintiséis años y una guerra. Como dice el refrán, «No hay dos sin tres», y la violencia ha vuelto a golpear la localidad. Lo que ha ocurrido esta vez no ha sido un acto irreflexivo, como los dos anteriores, sino premeditado y metódicamente planeado. El pueblo está atrapado en un enigma terrorífico.

El preámbulo ya se ha alargado bastante y quiero comenzar el relato de los hechos. Pero, antes de hacerlo, me gustaría informar a mis lectores de que esta narración la escribió uno de los involucrados, alguien que desempeñó un papel muy importante en el caso. ¿Cómo la conseguí yo? Ya que eso no afecta en nada al asunto principal, no lo revelaré aquí.

1 Juego de tablero de origen chino.

DEL MISMO AUTOR



Una pareja de recién casados se retira en su noche de bodas a la casa de invitados de la mansión Ichiyonagi, un honjin o posada para viajeros de clase alta. En la oscuridad de la noche, unos gritos horribles rompen el silencio y los novios aparecen asesinados.

La casa está rodeada de un manto de nieve intacta, por lo que el asesinato parece imposible: ¿se trata del crimen perfecto o de un misterio sobrenatural? A su llegada a la mansión, el detective Kosuke Kindaichi encuentra únicamente dos pistas: el koto de la familia y un biombo dorado con la huella ensangrentada de una mano con solo tres dedos...



Japón, 1946. El país acaba de perder la guerra y todavía no ha empezado a recuperarse. En los lugares más recónditos el progreso apenas ha llegado y las gentes siguen ancladas en las costumbres y tradiciones de sus antepasados. Los hombres que vuelven del frente se encuentran con la difícil tarea de retomar sus vidas con el recuerdo imperecedero de los compañeros que no han podido regresar. «Te pido que vayas a la isla de Gokumon en mi lugar... Si no, matarán a mis hermanas...». Estas son las últimas palabras que Chimata dirige a su amigo y camarada de guerra, Kindaichi Kōsuke, antes de fallecer...

Más información en:

<http://quaterni.es>



Síguenos en:

Facebook:

QuaterniEditorial

Twitter:

Quaterni

Instagram:

quaterni_editorial

Pinterest:

Quaterni

YouTube:

QuaterniEditorial

Google+:

QuaterniEs